# LO BARRIAL EN EL IMAGINARIO URBANO Y EL PROBLEMA DE LA GESTIÓN SOCIAL DE CALIDAD

ARIEL GRAVANO*

*"¡Saquen esa barricada si no quieren ir en cana! ¡Déjense de hinchar las pelotas! ¿Quién carajo se creen que son?"* (del entonces intendente de la ciudad de Buenos Aires, Licenciado Jorge Domínguez, a los vecinos de la Villa 31, de Retiro, durante su desalojo, el 23 de junio de 1995).

## INTRODUCCIÓN

En este trabajo enfocaré el tema del barrio como representación dentro del imaginario urbano y el problema de la calidad de vida y su gestión. Articularé tres líneas (el imaginario social urbano, lo barrial y la gestión social) que puedan orientar ese acercamiento en la medida que se ahonde en su verificación, de la cual mostraré algunos ensayos.

Sobre la base de diversas experiencias y desarrollos teórico-prácticos, se establecerán las relaciones entre el papel de lo barrial -como eje de significados sociales referenciados en el espacio de distintos tipos de barrios-, dentro del imaginario social urbano, y el problema de la gestión social de calidad de vida en la ciudad.

Se verá cómo, en los contextos de construcción de diversos significados e identidades barriales, se encuentra un conjunto común de valores que conforman el sentido de *lo barrial*, con determinada incidencia en las formas de *imaginar* la vida urbana de parte de los *gestores* de la ciudad en su realidad y su proyección permanentes.

* Instituto de Ciencias Antropológicas UBA. 25 de Mayo 217 - 4to piso. 1002 Buenos Aires.

## LA CALIDAD DE LA VIDA URBANA Y EL IMAGINARIO

En los últimos tiempos el tema de la calidad de vida urbana ha adquirido notoriedad. Como suele ocurrir en estos casos, en realidad es un tema mucho más antiguo que esa notoriedad. Lo novedoso quizá sea que desde instancias de conducción de los asuntos públicos y privados se le reconozca importancia específica[1].

En la producción académica sobre los problemas urbanos, el tema de la calidad de vida de los habitantes de las ciudades recorre un largo camino, desde los planteos utopistas de mediados del siglo pasado hasta todo el abanico de formulaciones sobre planificación urbana. Es en este contexto histórico que la ciudad misma aparece concebida como un elemento sustancial de la reproducción social acorde con los ideales de vida de la modernidad en su conjunto.

La institucionalización del derecho ciudadano a hacer uso público de la ciudad como un consumo colectivo siempre ha estado relacionada, por un lado, con una consideración de la vida urbana asociada a conceptos como civilización, mercado, democracia y contrato y, por el otro, con cierto grado de calidad de las condiciones materiales y espirituales de esa vida moderna, opuesta a la arcaica, tradicional, precapitalista y autocrática.

Es así que cuando faltan o son precarias esas condiciones, la cuestión urbana entra de lleno dentro de la esfera de las luchas sociales. Este tema ha aparecido en la producción académica de los últimos veinte años con el rótulo de *nuevos movimientos sociales* (urbanos, en nuestro caso) diferenciados de las dinámicas sociales tradicionales dentro del capitalismo (luchas sindicales y políticas) por gestarse en el ámbito de los consumos más que en el de la producción. Junto a categorías clásicas que hacen a la contradicción principal dentro del capitalismo (explotación por el capital de la fuerza de trabajo, plusvalor, etc.) se articulan la exclusión de los consumos dignos, la marginalidad y la expoliación urbanas, de acuerdo básicamente con las teorías de la modernización y de la dependencia y las posiciones críticas a ambas que han surgido en los últimos tiempos[2].

El fundamento activo de las luchas urbanas es la reivindicación de quienes, en ejercicio del derecho ciudadano, aspiran a cambios que brinden mejoras a los modos en que se vive, usa y consume el espacio urbano. Y en el centro de esos cambios -se lo explicite o no en estos términos- está el problema de la calidad de vida.

La vida urbana históricamente representó un mejoramiento de las condiciones de vida de vastos sectores sociales, debido a sus ventajas comparativas respecto a zonas pauperizadas del campo o de centros menores. Es el proceso que dio origen a los fenómenos migratorios clásicos, que formaron ciudades o cambiaron radicalmente el rostro de éstas. Hoy en día la vida urbana es sinónimo de problemas que se ahondan en forma creciente y deterioran la imagen del futuro de las ciudades mismas. Y aumenta el número de sectores sociales que se sienten víctimas de esta problemática. Ya no es

una cuestión sólo emergente de situaciones de extrema pobreza o marginalidad. Condiciones y servicios hasta hace poco tiempo considerados de existencia y calidad *naturales* dentro de cualquier ciudad, hoy en día se toman carentes, insuficientes, ineficientes o hasta mortalmente sospechosos.

La retirada del Estado de Bienestar de la provisión y control de esos consumos (que ni el capital ni el salario directo jamás cubrieron), ha profundizado la crisis estructural de las ciudades dentro del capitalismo. Y se vive la paradoja de que cuando esos consumos -que componen la ciudad misma en su valor de uso- están debilitados y abandonada su provisión cuantitativa, emerge el tema de su *calidad* dentro de la agenda urbana.

No deja de hacerse evidente hoy, por ejemplo, que la misma retirada del Estado ha sido acompañada de un discurso dominante que impone nada casualmente el regreso en parte a idealizadas etapas premodernas, contrarias a la 'enajenación urbana', en donde, por otra parte, es culpabilizada la familia como responsable de la reproducción social y moral de la sociedad (que otrora tenía al Estado como garante), donde el emprendimiento privado es presentado como sustituto competente de la ineficiencia pública (dados como sinónimos) y donde la privatización del espacio público representaría el modo más idóneo de acceso a la libertad individual en términos de exclusividad (en realidad exclusión). Y es en este contexto en donde también se hace aparecer a la calidad como alternativa opuesta a la anonimización masiva, la inseguridad, la «dictadura del número» y el malestar de las élites (por ej. los shoppings, los countries, los cementerios privados).

Pero este uso reduccionista de conceptos y valores (como, por ejemplo, el de calidad de vida) no agota sus significados. Es posible -y este es nuestro presupuesto ideológico- reivindicar un sentido transformador, democrático y protagónico de la temática de la calidad de vida, planteada como reivindicación social. Sólo hay que acentuar la necesidad de definir de qué **actores** se está hablando en cada ocasión y en cada **contexto de poder**, respondiendo constantemente a preguntas como ¿a quién beneficia?, o ¿calidad para quiénes? y ¿desde quiénes?

Condiciones de *calidad de vida* urbana son el conjunto de situaciones reales de vida social material en la ciudad de quienes la consumen colectivamente, y adquiriendo por ello -en el contexto de la modernidad- un derecho al acceso a la ciudad, a su uso, en condiciones de vida ciudadana *digna*. Se define técnicamente como *calidad* al resultado del proceso o grado de satisfacción de necesidades -en función de las condiciones reales- y expectativas de los actores en un contexto histórico. Y si se habla de expectativas o asunciones de los sujetos sociales debe necesariamente tenerse en cuenta el *imaginario social* como objeto de análisis y tratamiento operativo concreto.

Componen el imaginario urbano el conjunto de representaciones, imágenes, discursos, identidades, creencias y símbolos referenciados en el espacio de la ciudad. En forma obligada quedan ponderados dentro de él las reconversiones macrosociales

reflejadas en el plano de lo micro, principalmente los sistemas de representación y sociabilidad con que se vive la ciudad, además de como se vive *en* la ciudad.

Caben en el imaginario hechos e imágenes tan disímiles como las irritaciones de los pudientes vecinos del barrio residencial de Belgrano afectados por los últimos cortes masivos de luz, cuando tenían que acarrear agua desde la planta baja hasta sus altísimos pisos "*como si viviéramos en una villa*", como así también la imagen fresca del Padre Mujica en la memoria colectiva de las verdaderas villas y las puteadas prepotentes de un intendente valiente a punta de topadora.

En momentos que crece la queja sobre la ciudad y la ciudad misma como queja en todo el espectro social, surge la consideración por el actor de la ciudad, por cómo los actores imaginan la ciudad, si la sienten como propia o ajena, por cómo se relacionan con las cambiantes relaciones entre lo público y lo privado y el "derecho a vivir la ciudad" (Oszlak 1991). Porque el habitar no es independiente de los afectos, los arraigos, las pertenencias e identidades, así como de los símbolos que construye y proyecta cada actor con referencia a la ciudad o al espacio en que le toca vivir y actuar.

La gama de estas condiciones de calidad implica referirse a valores, que permiten trascender la concepción del espacio urbano como un mero hecho natural o físico y sí el resultado de una lucha por su apropiación y uso tanto en el plano de los hechos como en el de los sentidos que esos hechos tienen para los actores en contexto[3]. Porque el contexto de toda lucha social implica situarnos dentro de entrecruces de significados, que son los que dan sentido a las condiciones materiales de vida[4].

## LA GESTIÓN BARRIAL Y EL BARRIO COMO IDEOLOGÍA

En este trabajo no se va a partir de un concepto unívoco o abstracto de barrio, sino que se lo va a tomar en tantas acepciones de significado como aparezcan en el imaginario social o en los contextos de emergencia de esos imaginarios. Precisamente en la amplitud de ese significado reside la necesidad de tomarlo como parte del imaginario y no como una realidad puramente física, meramente exterior a los sujetos que la construyen.

El concepto de gestión social incluye las formas y métodos con los cuales pensamos y actuamos en las organizaciones, instituciones y movimientos sociales en un sentido amplio, desde la familia al Estado, pasando por todo tipo de instituciones. Básicamente abarca las prácticas y las representaciones, pero circunscriptas a los objetivos o misiones de esos contextos organizacionales. Constituye la manera de llevar a cabo la cooperación social, también en un sentido amplio.

Acordemos que el barrio es un ámbito organizacional y de gestión no sólo en sus instituciones formalizadas (organismos públicos, sociedades de fomento, clubes, organizaciones intermediras voluntarias, etc.), sino también en instancias de vida

cotidiana que requieren un mínimo grado de organización y método[5], incluyendo las prácticas y tratamiento del espacio público, las barritas barriales, la circulación de chismes, los juegos, las fiestas, los circuitos amorosos, los rituales donde se expresan las rivalidades, etc. Todas esas situaciones requieren logística, estrategia, planificación, recursos y modos adecuados de llevarlas a cabo con efectividad y, de acuerdo con la evaluación de los actores, también con cierta *calidad*.

Esas formas de gestión social son barriales no sólo porque tienen como escenario el barrio, sino también porque se insertan dentro de una dimensión simbólica donde el barrio mismo aparece como conjunto de representaciones imaginarias e ideológicas (Gravano 1991). Básicamente, por lo que estudiamos en contextos barriales diversos[6], la dimensión simbólica se da cuando el barrio se 'usa' para dar o quitar prestigio, asignar atributos y estigmas, o cuando emergen un conjunto de significaciones constructoras de lo que llamamos *la ideología de lo barrial*.

Esa ideología se estructura alrededor de un conjunto de valores, que nosotros llamamos *eje axiológico* o paradigma de lo barrial, mediante los cuales los vecinos establecen relaciones de identificación y diferenciación, tomando como referente al barrio. El valor principal de ese eje es el *arraigo*, que se manifiesta mediante una naturalización ideológica de las relaciones sociales, cuando se hace presente la deshistorización de un *antes* indeterminado en el tiempo, cuya definición es el producto de la oposición con el *ahora* cambiante del barrio. Nosotros llamamos *época base* de la identidad barrial al resultado de esa deshistorización.

¿Por qué hablamos de ideología? Porque dentro de este concepto cumple un papel importante la naturalización, como proceso de encubrimiento del carácter contradictorio de la realidad, que se realiza sobre la base de los componentes ideológicos que no se problematizan ni se cuestionan, que se pre-conciben como dados, como parte de 'la naturaleza de las cosas'. La deshistorización consiste en una naturalización de una supuesta época pasada en donde todo era mejor *de por sí*, 'naturalmente'. Esa ideología barrial, entonces, define al barrio como un *tiempo* más que como un espacio. Pero no es el tiempo pasado referencial y cronológico del barrio; no es un tiempo como cronos sino como *ethos*, capaz de distinguir modalidades y cualidades que se referencian tanto en los sujetos sociales que la comparten como en la identidad del barrio a que se apunta.

En nuestro intento de indagar sobre los mecanismos internos que producen en forma eficaz y activa esa ideología, nos encontramos con que este motor interno resultó ser el *riesgo de ruptura* de la misma identidad atribuida al barrio en particular. Un riesgo corporizado ideológicamente, por un lado, en el acontecimiento histórico y lo que significa el 'adelanto' o el 'progreso' que los actores no controlan y, por el otro, en la juventud, como símbolo opuesto de por sí -tanto para adultos como para jóvenes- a esa identidad barrial.

Con lo que queda evidenciado un sustrato ideológico-simbólico de lo barrial o, lo que podemos indicar como el barrio mismo funcionando o generando una ideología.

A esto debemos sumar que los actores no viven la ciudad en forma unitaria, unívoca, sólo con un sentido de *ciudad*, sino que fragmentan su vivir, representar y utopizar las imágenes urbanas en un caleidoscopio multisignificativo de espacios *vividos*. La totalidad de los estudiosos que se refieren a este espacio vivido como categoría de análisis[7] coinciden en que la idea unitaria de la ciudad como un todo es *una más* entre las representaciones que se tienen de la ciudad, y que hasta en el sentido de *territorio* (vivido) e identidad (construida) ocupa un rol significativo el barrio.

La posible línea de abordaje de la cuestión de la calidad de vida urbana que planteo es que el conjunto de significados que componen *lo barrial* ocupa un lugar de no poca importancia, que se torna necesario profundizar, ya que -y esta sería la hipótesis de trabajo- el barrio representa una realidad simbólica fragmentaria de lo urbano capaz de condicionar ideologías y comportamientos sociales, ya que conforma una matriz histórico-simbólica clave para comprender los procesos constitutivos de lo urbano.

Para ello es necesario definir *lo barrial* como eje de significados culturales comunes referenciados en el espacio de distintos tipos de barrios, dentro del imaginario social urbano. Esto es en lo que concierne a los actores en general de lo urbano y de lo barrial, a las *gentes del común*, o al sentido común que hemos encontrado en la totalidad del espectro social, sobre lo barrial.

Lo que llamaremos globalmente imaginario barrial incluirá, por consiguiente, principalmente valores y símbolos que constituyen nexos o mediaciones entre lo urbano (como matriz de la reproducción social), la calidad de vida (como un grado de satisfacción de necesidades y expectativas de los actores), y la gestión social (como modo práctico de llevar a cabo la reproducción con ese eventual grado de calidad).

## LAS *MANCHAS* BARRIALES

Junto a estas asunciones sobre lo barrial como conjunto de significados e identidades sociales, la principal cuestión que aparece en forma recurrente alrededor de la noción de barrio es la que se podrían llamar las partes barriales *negras* de la ciudad o las *manchas* del imaginario urbano y ciertos contenidos diversos acerca de lo barrial.

Las primeras son los fragmentos espaciales en donde se concentran los estigmas urbanos. El caso más común y asumido dentro de la ideología dominante del sentido común urbano es el "*prejuicio antivillero*" (Guber), aunque el fenómeno de las estigmatizaciones urbanas no se agota en la pre-concepción de las villas miserias como *manchas*.

En forma particularizada he estudiado cómo estereotipos similares al prejuicio antivillero se proyectan sobre referentes empíricos no villeros, como es el caso de los conjuntos habitacionales que son, de esta manera, preconcebidos *como si fueran* villas (Gravano 1994), uno de cuyos ejemplos más notorios de la actualidad es el de "*Fuerte*

*Apache*", en Ciudadela, en el Conurbano de Buenos Aires. Asimismo, he señalado las situaciones en que la incidencia de la pre-noción de mancha urbana dentro del imaginario colectivo condiciona las ideologías y los comportamientos (Gravano 1994a), cuando, en momentos como los saqueos de 1989 y los cortes de luz de 1993, esas manchas se convirtieron en verdaderos fantasmas urbanos, amenazantes para los sectores "*dignos*" de la ciudad. La identidad del barrio estigmatizado, o la villa, son situados como *causas* sustancializadas de violencia hacia otros barrios, tanto de distinta como de similar condición social.

## AMBIGÜEDADES BARRIALES DEL IMAGINARIO URBANO

A estos sentidos de lo barrial se le suman otros que conforman un conjunto farragoso y contradictorio de ambigüedades en coexistencia no muy pacífica. Por ejemplo, a este significado de ciertas identidades barriales como estigmas, debe agregarse tanto un sentido reivindicativo de lo barrial cuanto a una atribución degradante y peyorativa que adquiere lo barrial cuando se lo utiliza para menospreciar o desvalorizar una conducta o una manifestación que se supone podría ser más trascendente, por lo pública y no cotidiana: "es profesor, *pero de barrio*"..., "es periodista, *pero de barrio*". Muchos podrán recordar a *Minguito Tinguitella*, el personaje de Juan Carlos Altavista, que reporteaba a los famosos para *La Voz del Rioba*, acentuando principalmente, en esa representación, el constraste cultural entre el mundo de lo culto y lo popular, por ejemplo por los modos de hablar y de mezclar las referencias a la vida "seria" con las interpretaciones barriales, para las que todo *se 'gual*.

¿Estas ambigüedades dependerán exclusivamente de los intereses disímiles representados en los distintos contextos de uso de la noción de barrio o más bien la capacidad de condensación de lo barrial, cuando actúa como un símbolo, podría contener generosamente ambos sentidos, aparentemente contradictorios?

## EL IMAGINARIO BARRIAL DE LOS QUE GESTIONAN LA CIUDAD

Veamos cómo aparece la noción de barrio en las asunciones de diversos actores más expresa o 'profesionalmente' (aún cuando lo hagan por vocación) ocupados de gestionar la ciudad, esto es: de actuar en ella con propósitos de cambio, mejoramiento o procesos encarados en forma de acciones organizadas y/o institucionales. Algunos de estos *especialistas* de la ciudad son *1)* los políticos, *2)* los que administran la ciudad, *3)* los arquitectos y urbanistas y *4)* los militantes de lo urbano, principalmente los vecinalistas[8].

Voy a tomar algunos de sus propios testimonios como actores de la escenificación urbana, intentando analizar, desde sus palabras, las relaciones, asociaciones y contradicciones respecto a las cuestiones que refieren; lo que en términos antropológicos se podría llamar la relación entre drama y mito, realidad y representación, partiendo de la premisa que ambos son perfiles del mismo carácter construido y construyente, estructurado y estructurante, del devenir social.

## 1. Símbolo de las bases auténticas, o lo barrial de los políticos

Para los políticos el barrio se asocia con las *bases sociales* (en algunos casos *populares*) que proclaman representar. El barrio representa simbólicamente lo de *abajo*, el estereotipo de *la gente,* como base social, como destinatario natural de su acción y gestión. Además, representa *lo que no está en el centro*, pero a la vez constituye la razón de ser del político. Y esto es recurrente hoy en día en los discursos de todo el abanico ideológico, a pesar de las reconversiones que el sector de los políticos profesionales ha experimientado en los últimos años.

Durante la campaña electoral de 1989, el vehículo que transportaba al candidato Carlos Menem por toda la ciudad de Buenos Aires circulaba entre mucha gente por la avenida Rivadavia. Menem -cuenta la crónica- empezó a señalar una esquina, ordenó detener el ómnibus, pidió un micrófono y dijo:

> «*No puedo pasar por esta esquina sin recordar que aquí había un bar que trae a la memoria la vida de barrio y el tango de la ñata contra el vidrio; de purrete yo viví aquí cerca y en ese bar aprendí billar, escoba, truco, tute...*» Fue ovacionado y un hombre le gritó: «*lo que pasa es que vos sos del pueblo, Carlitos*» (*Página 12*,12/5/89;3).

El barrio vendría a configurar el símbolo de la residencia de la base social del político popular que dice representarla, ya que lo contrario equivaldría a representar sólo a la cúpula del poder. Por eso los políticos -sobre todo en campaña electoral- acostumbran a «caminar los barrios», proclamando que no lo hacen sólo en campaña electoral, esto es: afirmando que no se olvidan de sus bases populares.

Este sentido del barrio *como base* también lo expresa la ciudad en sus paredes. A poco de insinuarse el viraje ideológico del Partido Justicialista con Menem en el poder, aparecieron las pintadas callejeras: «*la JP trabaja en los barrios y no en los escritorios*», en alusión a las prácticas políticas de tipo «gerencial». Para la misma época, debido al cambio de orientación programática de Menem respecto a lo prometido durante la campaña electoral, «*en el ámbito barrial las aguas aparecen bastante divididas*» (*Diario Sur*, 7/7/89;24). ¿Quién se suponía que estaba ahí *abajo*, en los barrios, si no las bases?

Acercamientos y distancias entre bases y cúpulas son ya lugares comunes en el discurso político. La noción de barrio representa a las bases y el personaje de la cúpula que quiera tener su apoyo debe obligadamente «*bajar* a los barrios». *Ba*rrio, *ba*se y *ba*jar no sólo parecerían poseer un mismo componente lingüístico sino también semántico, referenciado socialmente.

Incluso un partido político explícitamente policlasista como el peronista referencia celosamente parte de su identidad obrera y popular en determinados barrios y no en otros. Aún después de 1993, en que el voto mayoritario de los barrios de 'clase alta' se volcó por primera vez hacia el justicialismo, las distinciones barriales resultaron indicadores precisos del caracter de 'base' de las expresiones políticas. Sigue hoy sin ser lo mismo, dentro del discurso partidario peronista de la ciudad de Buenos Aires, provenir de las 'bases' de Lugano (al que se le llama «capital del peronismo») que de Barrio Norte.

Y esto no es nuevo. Cuando a principios de la década del 60 ganó las elecciones para gobernador de la Provincia de Buenos Aires el candidato peronista Andrés Framini y las Fuerzas Armadas le impidieron asumir el poder, corrió por la ciudad el rumor de que las bases peronistas irían a «incendiar Barrio Norte». Como contraparte, fue recurrente la amenaza de «bombardeo al nido de ratas», como llamaban los «gorilas» [contrarios al peronismo] a Lugano.

Barrios hay muchos, pero representativos de las bases populares y de determinados contenidos políticos asociados a lo popular serían sólo los barrios "obreros", de raíz históricamente trabajadora, de "gente de trabajo". Cuando al militante peronista y futbolista Claudio Morressi (hoy director técnico) un periodista le inquirió sobre la probable influencia en su conciencia política de tener un hermano desaparecido durante la dictadura del general Videla, su respuesta fue:

> *«No, lo de la política ya viene de casa: puede ser que influyera que mi viejo nos contaba lo del 17 de octubre* [de 1945*]», y remata: «aparte, uno nació en un barrio, no te voy a decir obrero, pero sí de clase baja, como Parque Patricios...* [donde] *desde muy temprano palpamos las injusticias» (Página 12,* 21/7/87; 12).

Aunque, en general, en el discurso político, la mención del barrio -cuando no se explicita que se habla de barrios «bacanes», «garcas» o «ricos»- es sinónimo de bases populares, hay veces que el barrio parece representar de por sí a las bases, sin que se haga expresa mención de lo popular. Por ejemplo, al enrostre de «no bajar a los barrios», que se le hace a muchos dirigentes políticos, se le suele sumar la directa acusación por «haberse ido del barrio», tal como hizo en un debate televisivo el entonces candidato a diputado de la Unión Cívica Radical Dante Caputo con la dirigente travestida del peronismo al neoliberalismo y luego al menemismo Adelina D.

de Viola, a quien reprochó haber «*abandonado su propio barrio, no como yo...*» (mayo de 1989).

Otros ejemplos pueden servir para ver de qué manera la pertenencia no ya a un barrio sino a **ser de barrio** se utiliza para calificar implícitamente de popular. El 31 de enero de 1989, en un programa de televisión, el dirigente de izquierda Luis Zamora establecía tajantemente sus diferencias ideológicas y políticas respecto al grupo civil armado que había asaltado el cuartel del Ejército de La Tablada, haciendo hincapié en que los soldados de la guardia «pertenecen al pueblo», y relataba así su visita a uno de esos soldados heridos: «*Estuve con el conscripto Díaz, un **pibe de barrio***».

Ser de barrio: ser de abajo. Una 'bajeza' entendida como exaltación de valores **populares** y **auténticos**. ¿Lo contrario a lo que son los políticos?

## 2. Símbolo de la participación primaria, o el barrio de los administradores

En épocas de democracia, cuando los políticos devienen administradores de lo urbano, el barrio queda adherido a lo que podríamos llamar *participación primaria*, porque se traduce, en realidad, en la proclamación de la concurrencia directa de la gente a lugares físicos en los que se supone pasa la gestión institucional ciudadana como ideal de comportamiento cívico. Allí se desarrollan actividades que abarcan desde las genéricamente culturales hasta las llamadas de "recuperación de la identidad barrial". Incluso pensar la identidad de la ciudad ha consistido, en realidad, en la recuperación de las identidades históricas barriales. Fue durante la administración radical de la ciudad de Buenos Aires de los ochenta cuando comenzó a implementarse la recuperación de la «historia viva» de los barrios, a través de la propuesta de que los propios vecinos fueran quienes protagonizaran el "rescate", mediante encuentros, exposiciones audiovisuales, jornadas de reflexión, espectáculos y talleres.

Un aspecto de esta "recuperación", donde el barrio cumple un papel proclamadamente importante desde el Estado, es la descentralización administrativa. Este ha sido el tema central del discurso gobernante en los últimos diez años -independientemente de los gobiernos-. Un ejemplo es el proyecto de los juzgados barriales en el distrito Capital, para atender cuestiones definidas como «menores», de convivencia vecinal.

En estas y otras instancias tendientes a la participación -durante los gobiernos radicales, en la época de los conservadores y en la dictadura de Onganía-, el barrio ha servido también para proclamaciones de «recuperación cívico-política» significativa, en donde la frase «desde los barrios» funcionó como sinónimo de acciones "*auténticamente participativas*", en las que se convocaba o se autoconvocaba cultural, deportiva, admistrativa y políticamente a los vecinos, donde el barrio se suponía un ámbito que poseía valores intrínsecos como la cohesión, la pertenencia, la identidad popular y la integración comunitarias.

El barrio aparece así como un valor en sí mismo al que se debe apelar como una especie de *solución* para problemas como la apatía cívica, el conformismo, la anomia, el "no te metás de los argentinos" y el 'dejar hacer' a las cúpulas dirigentes. En los discursos de estos dirigentes y administradores convocantes es donde aparece con mayor asiduidad el conjunto de llamados a la participación barrial de los no dirigentes, de las bases, de modo que se tendrían así dos tipos de actores naturalizados: los que participan y llaman a participar y los que no participan y son llamados a participar.

Cuando se plantean estas convocatorias se piensa mayormente en un barrio como recinto, compuesto básicamente por instituciones (públicas, cívicas, municipales, sociales, religiosas, educativas, culturales, deportivas), como las municipalidades, las sociedades de fomento, de ayuda mutua, de servicios como la policía, bomberos, escuelas, clubes, parroquias, cooperativas, cooperadoras. Se mezcla la dimensión que podríamos llamar territorial de lo barrial (referenciada en el espacio específico de cada institución) con la institucional. Y el parámetro de la participación y de la no participación, en estos casos, se asienta en la presencia física de los miembros de esas organizaciones y organismos dentro de sus ámbitos físicos, de sus edificios, para las ocasiones en que son convocados por los dirigentes *desde* las instituciones. Por eso se habla acá de participación primaria, porque se trata de tomar como indicadores de la participación a esa presencia tangible, física, más allá del valor que esa presencia pueda representar en la toma de decisiones concretas y respecto al sistema de poder real dentro de las instituciones, la ciudad y los barrios.

Para el caso de algunos funcionarios de lo urbano, es patente el condicionamiento del comportamiento policial respecto a las identidades barriales donde les toca actuar, en términos de prejuicios que toman más que ineficaces las consabidas razzias concentradas en ciertas partes *manchadas* de la ciudad (las más notorias de los últimos tiempos han sido las de *Ciudad Oculta*, en Buenos Aires). Son ineficaces por el número de "delitos descubiertos", pero no desde el punto de vista simbólico de lo que refuerzan: el prejuicio antivillero y la indicación de los chivos expiatorios barriales.

## 3. La convivencia pre-moderna, o el barrio de los urbanistas y arquitectos

Para los urbanistas y arquitectos, en nuestro país, el imaginario urbano es algo novedoso como objeto de estudio, ya que prevalece, por un lado, la llamada *arquitectura de autor*, y, por el otro, mayormente a la ciudad se la piensa, desde la planificación urbana, sin la gente.

Entre las conclusiones de un taller reciente que coordiné en la Sociedad Central de Arquitectos, organizado con el Grupo *Poiesis*, de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, se dijo:

"la mayoría de los arquitectos sólo se contentan con la *contemplación*, piensan un poco en el *uso* y nada en la *duración* de lo que diseñan y construyen, pues lo que les interesa es la forma y no la gente"[9].

En rigor, dentro de este ámbito coexisten dos posiciones. La frase de arriba sintetiza a una de ellas refiriéndose a la otra: la de quienes se pronuncian contra el reduccionismo de la arquitectura a una mera ciencia mecánica, que retrotrae quinientos años de avance de la disciplina como aportante al bienestar concreto de la sociedad urbana, en aras de una obediencia ciega al dictado personalista del formalismo extremo.

Para decirlo con sus propias palabras, por un lado están los formalistas defensores de la arquitectura de autor, para los que la gente "*no sabe nada, se adapta a cualquier cosa; a la gente hay que servirla haciendo las cosas que nos gustan a nosotros*", y por el otro están aquellos que tratan de ver en qué los pueden -a ellos como profesionales- ayudar las ciencias humanas, de modo que el diseñador pueda decidir por el uso más conveniente de las formas de acuerdo con la gente, o tomando en cuenta lo que la gente necesita y quiere.

Ambos paradigmas no son excluyentes, por lo menos para quien observa esta controversia desde una disciplina "humana": ni el seguidismo a lo que la gente tiene habituado habitar ni el autoritarismo del diseñador sordo a las voces de sus destinatarios.

"*No hay que hacer lo que la gente pide, sino que hay que saber decodificarlo, y ese saber decodificar es el saber que estamos construyendo, porque los arquitectos no lo tenemos de por sí, necesitamos del aporte de las ciencias sociales, que tienen un método para eso*" (Sarquis 1996).

La dicotomía entre tener en cuenta a la gente y no tenerla es una contradicción en sí misma, ya que el que no tiene en cuenta a la gente en realidad piensa que la gente es él. Pero lo importante es que esta dualidad se reproduce entre los planificadores urbanos. "*Para los urbanistas está todo bien hasta que aparece la gente*", se oye decir desde el otro lado. "*Nosotros hacemos unos planes maravillosos y la gente los arruina ... hace cualquier cosa*", dicen que se dice del otro lado.

Algunos planificadores urbanos inquiridos acerca de este desentendimiento de los urbanistas respecto a la gente responden que es difícil pensar la ciudad desde la gente porque las exigencias de estructura (régimen legal, demandas económicas, etc.) están antes que la gente, en tanto el imaginario urbano y lo que la gente quiere y reivindica serían cuestiones secundarias y sin importancia, comparadas con todo aquello que ocupa a un planificador en su tarea específica.

Sin embargo, dentro de las mismas conclusiones del mismo taller, también se rescató que el panorama arriba planteado es propio principalmente de Estados Unidos.

Latinoamérica y Argentina, en tanto en casi toda Europa la planificación urbana tiene fundamentalmente en cuenta la demanda social. Para nuestro país la situación es más extrema aún pues, además de no pensar en la gente al planificar lo urbano, en realidad se planifica poco, nada o mal. O se planifica para un "*alguien*" totalmente abstracto y deshumanizado.

## ¿QUÉ ES EL BARRIO PARA ESTOS ESPECIALISTAS DE LO URBANO?

Lo paradójico es que para muchos urbanistas, planificadores y arquitectos, el barrio representa una especie de comunidad primaria ideal, en donde el comportamiento de los hombres estaría regido por parámetros de convivencia pre-urbana, propia o residual de una sociedad *simple*, humana y tradicional inserta en una estructura compleja. Naturalizan, de este modo, las relaciones sociales vecinales de acuerdo con los modelos sociológicos clásicos de comunidad a lo Tonnies, Simmel, Durkheim, Weber. La consecuencia de esta modelización de una parte de la vida urbana es que se idealizan ciertas relaciones sociales despojándolas de sus características concretas y reales, sus *nombres y apellidos*, (Gravano 1995 y 1995a). El barrio queda reducido a un escenario espacial que determina de por sí relaciones sociales cohesivas, integradas, imbuidas de solidaridad mecánica y homogeneidad normativa, a la manera de las deshistorizaciones clásicas sobre la *comunidad*, hoy vigentes en el sentido común.

En realidad, la tarea de los diseñadores urbanos muy pocas veces (y -por lo tanto- excepcionalmente destacadas) consistió en diagramar o imaginar barrios tradicionales, de casas de una planta, de esos que se han ido esparciendo por las ciudades de modo más o menos espontáneo. Pocos profesionales los han tenido que proyectar, pero la mayoría de ellos se han criado en ellos, de modo que su tipificación (e idealización) pueden suponerse como históricamente lógicas. Su oficio debió aplicarse, en cambio, principalmente a proyectar la vida de la gente que iría a habitar la vivienda colectiva "social", los complejos habitacionales que caracterizan toda una época -clásicamente *moderna*- de la vida de las ciudades.

Estos complejos, productos de lo que Christian Topalov llama «urbanización periférica» («*creación a partir de la nada de efectos útiles de aglomeración*» (1979:34), se pensaron de acuerdo con el enfoque predominantemente funcional y espacialista, en torno a categorías abstractas para determinar cómo *la gente* abstracta los iba a habitar: "organización del espacio que exprese la unidad del conjunto", "sistemas de vinculación vehicular y peatonal", "trama de distribución de los edificios, equipamientos y espacios libres de uso comunitario", "prevención de integración de actividades en espacios acordes", "evitar las áreas residuales sin posibilidades de uso concreto", "distribución espacial y funcional de la vivienda que responda a los diversos

y habituales modos de vida, proponiendo con criterios de flexibilidad diferentes alternativas de apropiación y uso", "mínimo costo de mantenimiento y conservación", y así de seguido.

El noción implícita de barrio con que se pensaron estos complejos es sintomática. No es posible leer en folletos y proyectos ninguna referencia al entorno barrial particular donde se los va o iba a erigir y, en el mejor de los casos, se establece que:

> "... *Sobre los puentes se ubican solarios, jardines, zonas de estar y juegos al aire libre* ***para uso exclusivo de los habitantes del complejo****. En la planta baja se ubican servicios para uso* ***tanto del conjunto como del barrio****, como comercios diarios, guardería, accesos y plaza"* (Revista *Summa* 1, 1986).

Mucho menos es posible verificar que en las planificaciones se tenga en cuenta el imaginario del contexto barrial respecto al complejo que se va a instalar, las asunciones de significado mediante las cuales la gente del barrio va a construir la imagen predominante sobre el residente en el monobloque, y que en gran medida van a incidir en el comportamiento respecto a los "nuevos".

Asimismo, se constata la vigencia de la imagen del *barrio-comunidad* también como prototipo subyacente a los "barrios de monobloques", cuando desde el imaginario colectivo de usuarios y de arquitectos, fueron rebautizados "palomares", "colmenas", "hormigueros". Me ha tocado estudiar el caso de uno de estos complejos, ofrecido a los ojos de la historia como "un verdadero barrio del año 2.000", ya que estaba equipado con la totalidad de servicios para que sus moradores no tuvieran que salir prácticamente de él y se habían diseñado espacios comunes de recreación, reuniones sociales, deportivas, culturales, como ámbitos destinados al desarrollo de una "vida comunitaria, propiamente *de barrio*".

Cuando se inquiere sobre las razones del tremendo desfasaje entre lo planificado y el uso exiguo que los pobladores terminaron haciendo de estos espacios, tanto especialistas como habitantes responden desde el sentido común: culpabilizando o al *tipo de gente* residente en el complejo por lo anómico de su comportamiento o a instancias puramente externas y generales (como la crisis de participación y convocatoria social), sin focalizar en el análisis de las relaciones entre las formas del espacio, el imaginario (con su diversa significación de *lo barrial*) y la vida material concreta.

## 4. El consumo de la comunidad digna y pre-política, o el barrio de los vecinalistas

Ligada a la tarea institucional barrial se encuentra la acción vecinalista que, en el caso de Buenos Aires, tiene una larga trayectoria hecha ya tradición. Las jornadas históricas de la actividad vecinal organizada han estado enmarcadas en las grandes

luchas en el terreno de la reproducción social y por consumos colectivos y servicios urbanos, en distintas épocas y contextos, que en los inicios de la decada del 80 hicieron eclosión en todo el Gran Buenos Aires. En los últimos años parecieron actualizarse, adquiriendo básicamente tres formas:

a) reclamos contra desalojos y "tarifazos", sobre todo en la última etapa de la dictadura y durante el gobierno radical, en los barrios donde los servicios estaban instalados;

b) reclamos por el funcionamiento de servicios, luego que se privatizaran, durante el gobierno justicialista, y

c) reclamos por la instalación de los servicios en los asentamientos autoconstruidos, donde aquellos faltan, durante todo este último período.

¿Con cuáles significados de lo barrial se desarrollaron estas acciones y estas luchas? ¿Con qué concepto de lo que es el barrio actuaron los distintos grupos de vecinos? Se podría decir que para las tres formas, el concepto prevaleciente se situaría cercano al barrio como ámbito local de reivindicación del uso de la ciudad como totalidad de servicio, como consumo colectivo, dentro del derecho ciudadano más específico. En el tercer caso se sumaría el sentido de barrio como comunidad digna, como ideal, al estilo de la consigna "*barrio sí villa no*".

¿Con qué noción de barrio se desarrollaron las luchas vecinalistas del pasado? En una primera etapa del movimiento es posible hablar de un protagonismo basado sobre la participación activa de los vecinos y la utilización de la sociedad de fomento para canalizar reclamos urbanos concretos. La primera protesta fomentista de notoriedad callejera se da en 1920, con la ocupación del Consejo Deliberante por vecinos que denunciaban fraudes en la adjudicación de viviendas construídas por la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires. Se extiende hasta la época que Luis Alberto Romero llama «*el repliegue en los barrios*», entre 1930 y 1943, cuando, a consecuencia del golpe de estado del general Uriburu y

> *«cerrados los caminos de la participación en la gran escena política, los sectores populares se replegaron en los ámbitos celulares de la sociedad, en una serie de organizaciones que se desarrollaron en los barrios y en las cuales era posible mantener una cierta experiencia de participación igualitaria»* (Romero 1987:68).

Durante la década del treinta, la presencia de las sociedades de fomento se expandió, al ritmo de la extensión de las ciudades y las necesidades básicas de todo proceso de urbanización 'espontánea', del cual el Estado no se hacía cargo si no se le reclamaba.

Podría hablarse de una segunda etapa dentro de la constitución de barrios de «casitas bajas» más heterogéneos en su composición social, a los que poco a poco comienzan a agregarse las familias de migrantes internos, desde las provincias «pobres». Como describen García Delgado & Silva:

> *«Se introducen nuevos valores, ya que si la primer generación había resuelto sus problemas dentro del mundo étnico, los hijos de los inmigrantes comienzan a sentirse con más derecho ciudadano y a peticionar al Estado. En consecuencia, las sociedades de fomento pierden la homogeneidad social e ideológica de sus comienzos»* (García Delgado & Silva 1985:70).

Con el primer gobierno peronista, las sociedades de fomento adquieren un crecimiento paradójico, ya que son integradas a participar de la discusión y resolución de los problemas municipales en las llamadas Juntas Comunales, pero al costo de las contradicciones ideológicas surgidas a partir de la adhesión o no al justicialismo, lo que implicaría en algunos casos una disociación para la militancia. Como se da un crecimiento de la participación de la clase obrera y demás sectores populares en otras organizaciones (sindicatos, unidades básicas) que se aglutinan mayoritariamente bajo la identidad peronista, se abre una competencia de hecho con las organizaciones vecinales tradicionales de raigambre socialista, tanto en sus afanes movilizadores como en sus funciones respecto a la sociedad política y al Estado.

El derrocamiento del peronismo cortó la vinculación formal entre las sociedades de fomento y el poder político, al eliminarse las Juntas y prohibirse en forma expresa las «actividades políticas» dentro de las organizaciones vecinales. En su relación con el Estado, quedó situado nuevamente un «vecinalismo de petición», como lo llaman García Delgado & Silva (p.70). Sin embargo, a partir del re-encauce semiconstitucional de 1958 a 1966, las sociedades de fomento se sumaron a los nuevos movimientos urbanos de la época. Y los intentos de cooptación de la dictadura de Onganía se iniciaron bajo la proclama de la "participación", que fuera barrida por la política en las calles desde el Cordobazo en adelante. El movimiento villero y barrial de las vísperas de la otra dictadura y durante la noche de ésta pasó los mismos embates que los sectores populares, para los que la participación no dejó de ser una mera fachada. Con el radicalismo de los ochenta el discurso participacionista adquiere el mismo tono moderado de *lo posible*, irradiado como ideología "superadora" de antinomias "del pasado".

Pero a partir del presente período constitucional, y a pesar de que la calle sigue siendo emblema de movilización, uno de los conceptos predominantes de lo barrial en estos movimientos vecinales es el de servir de antesala de masas para el catapultamiento de un líder urbano a la arena política, a pesar que sigue vigente -desde el primer peronismo- la concepción de la "verdadera" acción vecinal como ajena a la política. Y en esto coinciden tanto las corrientes de derecha cuanto más las de izquierda.

El sentido del barrio para estos sectores sería similar al que se describió para los políticos en general, con el acento puesto en un sentido comunitario digno, idealmente auténtico respecto a ciertos valores "verdaderamente humanos" y trascendentes, de vida cualitativamente mejor que la de la complejidad moderna y plenamente urbana, además de un abierta reivindicación del barrio como lugar de la participación, y la institución intermedia un ámbito que por sí sólo emerge como positivo en torno a estas nociones reivindicadas, cuando no idealizadas.

Además, en muchas movilizaciones donde se plantearon las "amenazas" de relocalización de villas miseria dentro de la Capital, el movimiento vecinal se vio presionado desde el sentido común de sus componentes y bases para esgrimir argumentos lindantes con el racismo y el prejuicio antivillero más típico.

En indagaciones particulares, nos tocó constatar cómo la participación en estos ámbitos se encierra en una ecuación por la cual la participación de los que participan (dirigentes, militantes) es la que genera la no participación del resto, de modo que la queja de los dirigentes por la no participación de los vecinos adquiere así una justificación del ahondamiento de la diferencia entre ambos Los llamados voluntaristas a la participación llevan implícitas actitudes de no poco elitismo e iluminismo, como valores subyacentes de las prácticas barriales (Gravano 1989). Dicho esto sin juzgar resultados ni intenciones, sino sólo los procesos en donde es común un primer período entusiasta de convocatoria y movilización que a poco va decreciendo en la misma medida que se profundiza esa diferencia entre líderes naturalizados como participantes y vecinos 'participados', preconcebidos como sólo formadores pasivos de consenso.

Se expresa en los vecinalistas toda una síntesis de las atribuciones barriales de los otros actores vistos. La autenticidad basista y popular, el recinto comunitario por excelencia, de relaciones socialmente primarias y participativas. Y en el entorno la lucha urbana por los consumos, aunque la asociación del barrio a los conflictos sociales podría llevarnos a preguntar por la relación teórica entre el barrio y la clase social, en el terreno de la producción. A nivel del sentido común, esto adquiere importancia cuando a las distintas clases se les asignan como indicadores espaciales sendos tipos de barrios, tal como ocurre en el caso de los ratings televisivos o los mapas electorales. En el fondo de estos señalamientos es posible encontrar la relación directa, en términos de correspondencia o no, con barrios de tal o cual clase social o, más comunmente, barrios ricos y barrios pobres, además de la distinción entre los barrios *dignos* y los asentamientos que quedaron o se edificaron como *marginales* respecto de los consumos formales urbanos (tierra, gas, luz, salud, educación, etc.).

Desde hace mucho tiempo las crónicas internacionales recogen noticias de disturbios étnico-barriales y sociales en las zonas segregadas de gran cantidad de ciudades de los países centrales, cuyo último hito fue Los Angeles en 1992 y a diario se están dando en Alemania y Francia. Asimismo, en Latinoamérica son constantes los conflictos sociales por consumos colectivos urbanos en los que lo barrial adquiere

importancia destacada, como son los casos de ciudad de México y Bogotá (pueden mencionarse aquí los fenómenos casi surrealistas de *Superbarrio* y el referido en *La estrategia del caracol*).

La discusión teórica sobre la atribución *de clase* de lo barrial en relación con lo popular, como categoría más abarcativa, no empaña el acuerdo, tanto de estudiosos como de actores, sobre el contexto de lucha social que indudablemente lo enmarca. El barrio tiene una importancia dentro de la vida cotidiana actual que lo trasciende como mero ente físico-espacial y lo involucra en los conflictos sociales, sobre todo en el ámbito de la reproducción social. En ocasiones, los hechos mismos impulsan a interrogar sobre la relación concreta entre estos significados emergentes de lo barrial con las representaciones simbólicas de las contradicciones sociales propias de la esfera de la producción, tal como sugiere la copla coreada por una manifestación de vecinos y amas de casa, quienes al ritmo de cacerolas y tachos protagonizaron la llamada *Marcha de la Tristeza*, el 3 de setiembre de 1988, en el barrio de Flores (Buenos Aires), unificados en su protesta contra los aumentos de tarifas anunciados por el gobierno comunal y nacional radical:

*«A ver, a ver,*
*quién defiende los salarios*
*el que llora en su casa*
*o el que lucha por el barrio».*

## IMAGINARIOS BARRIALES Y GESTIÓN SOCIAL DE CALIDAD

Se ha visto de qué maneras los especialistas de lo urbano conciben lo barrial dentro del imaginario urbano y cómo lo barrial, a la par de trascender -como símbolo- su mero nivel referencial y material como espacio parcial de la ciudad, adquiere sentidos ambiguos y contradictorios, constituído en **ideología**.

Cuando se plantea el tema de la gestión social, es imperioso cruzar estos sentidos de lo barrial de los especialistas con los significados que adquiere para los actores destinatarios, que también poseen una ideología acerca del barrio, como describimos al principio.

La cuestión de la gestión no puede acotarse exclusivamente a los especialistas citados, ya que **todos los actores gestionan la ciudad a su manera**, en tanto consumidores, productores, diseñadores, aún con diferentes responsabilidades. Vivir en la ciudad implica vivir *la* ciudad e imaginársela, a la par que se actúa en ella.

El actuar en ella adquiere significados, *valores agregados*, para ellos. Uno de esos significados es el del conjunto de rasgos con que se compone lo barrial, tal como se lo ha descripto aquí para los cuatro actores "profesionales" y los no profesionales,

si se permite la distinción. ¿Cómo se relacionan los distintos significados del barrio para unos y para otros y cómo se relacionan con la gestión social barrial? Si los vemos en conjunto, nos queda el siguiente cuadro.

El barrio representa a las bases auténticas que se oponen a la cúpula de los mismos políticos y con la cual ellos quieren asimilarse o que los identifiquen. Y ese sentido del barrio trasciende la diferenciación o heterogeneidad socio-económica entre barrios.

El barrio de los administradores representa el recinto de la participación formal y primaria a la que ellos convocan a "la gente", en tanto se sirvan ser destinatarios pasivos de las acciones administrativas. El barrio de esta ideología condensa como valores intrínsecos la cohesión, la pertenencia, la homogeneidad, la identidad y la integración comunitaria, como 'solución' contra la anomia social y quedan naturalizados los actores que participan y quienes no lo hacen.

Para los urbanistas, el barrio representa al mismo tiempo el paradigma de comunidad ideal e idealizada y el ámbito propio de quienes infringen el uso programado de los espacios, paradójicamente sus destinatarios, que no son mayormente tenidos en cuenta más que en forma abstracta.

Los vecinalistas, por su parte, ven en el barrio el puente de posibilidades de trascendencia más allá del barrio y a su vez lo ven como paradigma de ideales comunitarios en torno a los que ellos mismos naturalizan su propio papel como núcleo dirigente en función de la no participación del conjunto de vecinos, de los que quedan así diferenciados.

**Los cuatro intentan y proclaman establecer un nexo con el conjunto social que aparece como su destinatario, casi en la misma medida que ensanchan esa brecha que los separa de él.**

¿Qué ocurre en tanto con la ideología del barrio de la gente del común, de los no profesionales de la gestión barrial?

Como se vio, lo que se genera es, por un lado, una ideología que deshistoriza una época para la cual el barrio pasa a ser un tiempo más que un espacio, como resultado del **no control de las propias condiciones de vida de parte de los actores**, y, por el otro, la construcción de identidades que componen las *manchas* urbanas, como resultado de la tipificación estigmatizante y expiatoria de los conflictos sociales.

**En suma, la ideología de los vecinos corrobora la brecha construida desde las visiones de los especialistas, justificadas en las ideas del barrio-base, la participación primaria, la idealización comunitaria y prepolítica, y se verifica por medio de la deshistorización y la estigmatización.**

La gestión social de calidad plantea necesariamente la visión contraria, con la eliminación de esa brecha. Requiere, por lo tanto, transparencia, historización, conciencia de las contradicciones objetivas y des-idealización de tipificaciones. Pero los plantea como desafíos, no como un 'lugar' supuestamente no ideológico y

transparente de por sí. Lo trata de construir en forma continua, en la misma medida que ese camino representa un *camino hecho al andar* dentro de la profundización de las contradicciones históricas[10].

Es lo contrario a la participación formal y acotada a sitios institucionales donde la gente 'debe' concurrir para formar sólo la escenografía de los que deciden. La gestión de calidad se opone a una participación que no sea por objetivos consensuados y en función de procesos y toma de decisiones por los propios protagonistas, sobre la base de un seguimiento continuo de los mismos procesos que los involucran. En gestión social de calidad a esto se lo llama *proceso de mejora continua.*

Lo contrario a la consideración de una "base" que da consenso en forma pasiva y electoralista es la elaboración y re-elaboración continua de una visión sobre la base del cuestionamiento permanente a lo dado. En gestión de calidad se le llama a eso *visión por consenso*, y es una herramienta de la cual se apropian los actores y la instrumentan por decisión propia. En esta perspectiva, no se pre-concibe ningún *arriba* piramidal en ninguna institución, sino que la misma estructura orgánica de las instituciones y organismos debe colocarse al servicio de la visión consensuada de los actores.

Lo contrario de las imposiciones autoritarias desde el planeamiento no es ni el seguidismo de los autores ni la hipótesis autistas de los diseñadores y dirigentes, sino la unidad dialéctica entre *necesidades* (definidas sólo en principio por los especialistas) y *expectativas* (definidas por los destinatarios) o, lo que es lo mismo, las hipótesis de los especialistas diseñadas en función de los cruces permanentes con las realidades de sus destinatarios, *escuchándolos* sin esperar a los efectos disruptivos a los que llevan las acciones sólo nacidas *en la cabeza* de los planificadores[11]. A esto, en gestión social de calidad, lo llamamos *orientación al destinatario.*

Si en la ideología barrial deshistorizante y en la ideología estigmatizante de los prejuicios urbanos adquiere fundamental importancia el tema del control de las propias condiciones de vida de los actores de la ciudad, la cuestión de cómo se gestionan las acciones se integra a la agenda de las reivindicaciones de mejoramiento y transformación social. Y esto no significa de ninguna manera enchalecar de antemano la arena de estas oposiciones a aspectos secundarios respecto a cambios estructurales y a contradicciones principales de las ciudades en el capitalismo "periférico". Ningún proceso de gestión tiene un valor neutro en valores ni está al margen del interjuego de las hegemonías y el poder. Precisamente se trata de plantear nuevos modos de desarrollar protagónicamente esos procesos.

Los modos que conforman la gestión social, hoy en día, están siendo problemátizados y en crisis, por su autoritarismo, por su voluntarismo, por demostrar ineficacia, ineficiencia e inefectividad y, principalmente por situarse como antípoda de la calidad reivindicada desde la vida cotidiana y desde el saber profesional sobre la ciudad.

Entre los desafíos del presente la calidad adquiere nuevos sentidos para el conjunto de los actores sociales concurrentes en el espacio urbano. La hipótesis central es que detrás de un problema político y de política urbana, hay un problema de gestión social de la calidad de vida de la ciudad. Y esto requiere de soluciones específicas en cuanto a los métodos de gestión social[12].

Ante el dilema de qué hacer respecto a los problemas sociales y la renovación de la teoría y los métodos organizacionales se imponen principalmente las definiciones de *calidad de quién y para quién*, eficiencia *por qué* y *cómo*, y la preparación para la acción organizada en tiempos de incertidumbre y certezas puestas en duda permanente, lo que no significa acciones despojadas de valores.

El proceso de mejoramiento según la metodología de gestión de calidad requiere la construcción de la visión consensuada como base de la eficiencia, la efectividad y la participación, de acuerdo con los principios de calidad en la acción, aprendizaje intrínseco, orientación y conciencia del otro, trabajo en equipo, mejoramiento contínuo y enfoque científico de la realidad. Y fundamentalmente la elaboración de proyectos de mejoramiento sobre la base de la identificación de problemas-*dificultad* y su transformación en problemas-*oportunidad*, y el planeamiento estratégico-operativo, mediante la aplicación de herramientas de gestión y autocontrol.

Ante la disyuntiva sobre la consideración del espacio urbano como el resultado del desarrollo de las «estructuras ciegas» (sin sujetos) o de decisiones autónomas de los actores, es preciso posicionarse nuevamente en una alternativa dialéctica, que no tome ninguno de estos elementos en forma aislada del otro, esto es: ni el estudio de la estructura social sin tener en cuenta los significados de los actores sociales, ni el reduccionismo de pensar que las decisiones individuales de éstos producen la realidad misma (Lokjine 1979, Castells 1983, Evers et al. 1986 y Walton 1984).

Ni el reduccionismo de la acción reactiva, que transforma a la ciudad en un escenario de queja no organizada ni protagonista, ni el relativismo extremo que tiene en cuenta al *otro* pero sin cruzarlo con las hipótesis profesionales. Ambas variantes producen cursos de acción unilaterales y, en última instancia, suman a la reproducción de la hegemonía y el dominio y no a la transformación o mejoramiento de la calidad de vida.

Concebir al conjunto de actores de la ciudad como gestores (aún con responsabilidades disímiles) implica obligarse a pre-concebirlos de un modo activo, no como meros recipientes de las acciones profesionales urbanas. No reducir el concepto de gestión a lo administrativo, a lo material-reproductivista o a lo meramente economicista, implica ver la gestión como un **proceso cultural**, como forma de organizar y organizarse significativamente en la acción, en la cooperación social, en el más amplio de los sentidos.

Es desde aquí que se plantea que la lectura de las fragmentaciones y complejidades que incluyan al imaginario de los *otros* junto al de los *unos* resulta hoy crucial para afrontar cualquier tipo de "solución", ya que todos, en diferentes medidas (desde el barrio y desde la ciudad), son o deben ser *parte* de la gestión de las soluciones.

## NOTAS

1 Comunmente se toma el tema *calidad de vida* desde reduccionismos que atribuyen a la naturaleza humana ciertos rasgos o signos determinantes que se traducen en sistemas de necesidades. Estos, a su vez, imponen acciones desde los satisfactores de esas necesidades. Esto se traduce en políticas públicas y acciones desde la gestión social que muchas veces quedan reducidas al resultado que "tienen en la cabeza" los que las diseñan, en lugar de apuntar a las necesidades concretas de los actores en juego. Calidad, entonces, se maldefine desde los diseñadores, planificadores, precisamente sin un criterio de **calidad desde los interesados, protagonistas de los procesos**.

2 Alonso 1980 y 1984, Arguello 1981; Castells 1987; Borja 1989; Feijoó 1982; Oszlak 1982 y 1991; Durand 1983; González Pombal 1985; Evers, Miller-Platenberg & Spessart 1982; Evers 1985; Dasso & Villanueva 1986; Kowarick 1985, 1986 y 1991; Poggiese 1986; Armus 1984; Sirvent 1984; Clichevsky & Cuenya 1986; Fals Borda 1986; Viviescas 1986; Camacho 1987; Lavell Thomas, Vargas Cullel & Valverde Rojas 1987; Jelin 1987; Couffignal 1987; Martínez Nogueira 1987; Restrepo 1987; Chávez 1988; Guerra Vilaboy 1988; Iñigo Carrera & Podestá 1988; Izaguirre & Aristizabal 1988; Lascano 1988; Herzer & Pírez 1989; González 1989.

3 Castells 1983, Guber 1991, Herrán 1989, Lomnitz 1975, Sigal 1981, Walton 1984.

4 Si calidad implica hablar de valores, se deben situar actores concretos en contextos concretos, por lo que el enfoque antropológico resulta así específicamente necesario.

5 Utilizamos el término método dentro del marco teórico de la Etnometodología y de la Antropología Organizacional (Gravano 1992, Heritage 1990, Wolf 1988).

6 Nuestros trabajos abarcan la ciudad de Buenos Aires y varios partidos de su Conurbano y algunas realidades de ciudades intermedias, tanto en barrios pobres, obreros, populares, como de "clase media" y aún de sectores altos. En ellos encontramos los componentes comunes que señalamos aquí como parte de la ideología de lo barrial, y que otros colegas -sobre la base de nuestras publicaciones- han podido señalar tanto en realidades metropolitanas como menores (Romero Gorski 1995, Odetto 1994, Acevedo 1995, Jerez 1995, Antón & Tomarcchio 1995, Rivero 1994).

7 Berman 1988, Gould & White 1979, Hall 1990, Harvey 1977 y 1989, Herrán 1986, Liernur 1991; Lynch 1966, Rapoport 1984, Silva 1992.

8 Es necesario explicitar que no pretendemos englobar en forma generalizada a *todos* los políticos, a *todos* los arquitectos, a *todos* los dirigentes, funcionarios o militantes. Nos referiremos aquí a un modelo coindidente de asunciones en muchos de ellos, lo que nos ha permitido tipificarlos a título de nuestro objetivo de reflexionar sobre la relación entre sus ideologías subyacentes respecto al barrio y la temática de la gestión social.

9 Palabras pronunciadas por el arquitecto Alberto Spadoni.

10 Para un posicionamiento dialéctico acerca de la gestión de calidad obligadamente hubimos de combinar desprejuiciadamente ciertos aportes organizacionales clásicos y marxistas (en el fondo. siempre se termina volviendo a empezar con Weber o Marx) con tecnologías de gestión incluso conductistas y mecanicistas. a lo que sumamos el aporte antropológico. Véase Abravanel et. al. 1992. Czarniawska-Joerges 1992. Deming 1990. Gravano 1992. 1995. 1996. Lapassade 1986. Lourau 1978. Senge, P. 1993 y 1995.

[11] En un trabajo reciente hemos mostrado una experiencia de colaboración con arquitectos rediseñadores del espacio público de un complejo habitacional (Gravano 1996).

[12] La temática de la calidad de gestión estoy teniendo oportunidad de practicarla dentro de los equipos de trabajo de la Fundación por la Calidad y la Participación, de Buenos Aires, en diversos programas de mejoramiento de la calidad de gestión a nivel institucional (Kohanoff 1995).

## BIBLIOGRAFÍA

ABRAVANEL, H. et. al. 1992: *Cultura Organizacional.* Legis Edit., Bogotá.

ACEVEDO, F. 1995: Pocitos sinfónico, la imagen del espacio barrial. En: Gravano, A. (comp.): *Miradas urbanas - visiones barriales, diez estudios de antropología urbana en regiones metropolitanas y ciudades intermedias.* Nordan, Montevideo; 123-152.

ALONSO, J. 1980 (ed.): *Lucha urbana y acumulación de capital.* Edic. de la Casa Chata, México.

ANTÓN, C. & Tomarcchio, C. 1995: «Hacer la calle» o la construcción social de un ámbito barrial de prostitución femenina. En Gravano, A. (comp.): *Miradas urbanas - visiones barriales, diez estudios de antropología urbana en regiones metropolitanas y ciudades intermedias.* Nordan, Montevideo; 45-58.

AMETRANO, L.; Ceirano, V.; Clavijo, A.; Mallo, A. y Trincheri, M. 1995: Barrios pobres del conurbano: una mirada desde adentro. En Gravano, A. (comp.): *Miradas urbanas - visiones barriales, diez estudios de antropología urbana en regiones metropolitanas y ciudades intermedias.* Nordan, Montevideo; 11-44

ARGÜELLO, M. 1981: *Los más pobres en lucha.* Editorial de la Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica.

ARMUS, D. 1984: Presentación. En: *Sectores populares y vida urbana.* CLACSO, 7, Buenos Aires; 7-10.

BERMAN, M. 1988: *Todo lo sólido se desvanece en el aire, la experiencia de la modernidad.* Siglo XXI, Madrid.

CAMACHO, D. 1987: Introducción: movimientos sociales, algunas discusiones conceptuales. En: *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica.* 37-38, set.-dic.; 7-23.

CASTELLS, M. 1983: *Problemas de investigación en sociología urbana.* Siglo XXI, México.

CASTELLS, M. 1987: *Movimientos sociales urbanos.* Siglo XXI, México.

CHÁVEZ, R. 1988: Planeamiento urbano en Nicaragua, los primeros cinco años. *Medio Ambiente y Urbanización.* CLACSO, 22, marzo; 15-23.

CLICHEVSKY, N., Cuenya, B. & Peñalba, S. (coord.) 1986: Hábitat popular, experiencias y alternativas en países de América Latina. *Cuadernos del CEUR,* 16, Buenos Aires.

COUFFIGNAL, G. 1987: Misterioso Tepito. *Trace,* 11, mayo; 35-41.

CZARNIAWSKA-JOERGES, B. 1992: *Exploring Complex Organizations,* a Cultural Perspective. Sage Publications.

BORJA, J. et. al. 1989: *Teoría e intervención en la ciudad.* Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid.

DASSO, C. & Villanueva, E. 1986: Políticas asistencialistas y luchas populares. *Confrontación,* 1, set. Buenos Aires.

DEMING, E. 1990: *Out of de crisis.* Basic Books.

DURAND, J. 1983: *La ciudad invade el ejido.* Edic. de la Casa Chata, México.

EVERS, T. 1985: Identidad, la faz oculta de los nuevos movimientos sociales. *Punto de vista,* año VII, 25, dic. Buenos Aires; 31-41.

EVERS, T.; Miller-Platenberg, C. & Spessart, S. 1982: Movimientos barriales y Estado: luchas en la esfera de la reproducción en América Latina. En: *Revista Mexicana de Sociología,* 2, México; 703-756.

FALS BORDA, O. 1986: El nuevo despertar de los movimientos sociales. *Foro,* 1, Bogotá.

FEIJOÓ, M. 1982: *Las luchas de un barrio y la memoria colectiva.* CEDES, Buenos Aires.

GARCÍA DELGADO & Silva 1985: *El movimiento fomentista.* Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.

GONZÁLEZ, E. 1989: Caracas: un caso de aculturación urbana. *Nueva Sociedad*, 99, ene.-feb., Caracas; 128-136.

GONZÁLEZ POMBAL, M. 1985: Protestan los barrios (el murmullo suburbano de la política). Jelin, E. (comp.): *Los nuevos movimientos sociales*, 2. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires; 96-117.

GOULD, P. & White, R. 1979: Mapas mentales. En: *The study of the Urban Milieu*; 96-104 (trad. C.Leiro).

GRAVANO, A. 1989: *La cultura en los barrios*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

GRAVANO, A. 1991: La identidad barrial como producción ideológica. En: Gravano, A. & Guber, R.: *Barrio sí villa también*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires; 63-109.

GRAVANO, A. 1992: Antropología Práctica: muestra y posibilidades de Antropología Organizacional. En: *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 1, mayo, Colegio de Graduados en Antropología, Buenos Aires; 95-126.

GRAVANO, A. 1994: El *antibarrio*, valor de la imagen histórica del espacio urbano en la construcción de la identidad barrial: el caso de los monobloques. En: Herrán, C. (comp.): *Estudios de Antropología Urbana*. UBA-Escuela de Altos Estudios de París (en prensa).

GRAVANO, A. 1994a: Die Stadt und ihre schattenseiten (Das bild der Metropole ist nicht ohne Makel) [Las manchas del Imaginario Porteño]. En: *Ila Latina*, Zeits der Informationsstelle Lateinamerika, 177, juli 1994; 11-13; Centro de Información sobre América Latina, Bonn, Alemania Federal.

GRAVANO, A.1995: Hacia un marco teórico sobre el barrio: principales contextos de formulación. En: Gravano, A. (comp.): *Miradas urbanas - visiones barriales, diez estudios de antropología urbana sobre cuestiones barriales en regiones metropolitanas y ciudades intermedias*. Nordan, Montevideo; 157-188.

GRAVANO, A. 1995a: La imaginación antropológica, interpelaciones a la otredad construida y al método antropológico. En: *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*. Buenos Aires, Nro. 5, año IV, agosto de 1995; 71-91.

GRAVANO, A. 1996: Imaginario urbano, barrios *mancha* y calidad de vida en la ciudad intermedia, hacia un modelo de análisis. En: *Intersecciones*, Nro. 2, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires; 51-61.

GRAVANO, A. 1996: Gestión social y calidad de vida. Presentado y expuesto en el Fórum Internacional de Empresas de Participacao Comunitaria, , Chapecó, Santa Catarina, Brasil, Servicio de Apoio ás Micro e Pequenas Empresas de Santa Catarina (SEBRAE), marzo.

GRAVANO, A. 1996: Investigación proyectual barrial: una experiencia intertribal. Presentado a las Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata, organizadas por la Escuela de Antropología de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, octubre.

GUBER, R. 1991: Villeros o cuando querer no es poder. En: Gravano, A. & Guber, R.: *Barrio sí, villa también*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires; 11-62.

GUERRA VILABOY, S. 1988: Los movimientos populares y la problemática de la Revolución burguesa en América Latina. *Estudios*, 2/88. noviembre.

HALL, E. 1990: El espacio habla. En su: *El lenguaje silencioso*. Alianza, México.

HARVEY, D. 1977: *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI, Madrid; 21-31.

HARVEY, D. 1989: *The Condition of Postmodernity*. Basil Blackwell, Oxford.

HERITAGE, J. 1990: Etnometodología. En: Giddens, Turner & otros: *La teoría social hoy*. Alianza, México; 290-350.

HERRÁN, C. 1986: La ciudad como objeto antropológico. En: *Primeras Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires*, Instituto Histórico de la ciudad de Buenos Aires.

HERRÁN, C. 1989: Las luchas por el espacio urbano: alternativas y estrategias desde una perspectiva antropológica (mecan.).

HERZER, H. & Pírez, P. 1989: Municipio y participación popular en América Latina. *Desarrollo Económico*, 29, jul.-set. IDES, Buenos Aires; 187-206.

IÑIGO CARRERA, N. & Podestá, J. 1988: La lucha social en la Argentina política: las tomas de tierras en el Gran Buenos Aires. *Confrontación*, año II, 5, mayo, Buenos Aires; 30-42.

IZAGUIRRE, I. & Aristizabal, Z. 1988: *Las tomas de tierras en la zona sur del Gran Buenos Aires*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

JELIN, E. 1987: *Movimientos sociales y consolidación democrática en la Argentina actual*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

JEREZ, O. 1995: «Queremos un terreno propio»; el conocimiento y la narrativa popular para reconstruir una historia barrial. En Gravano, A. (comp.): *Miradas urbanas - visiones barriales, diez estudios de antropología urbana sobre cuestiones barriales en regiones metropolitanas y ciudades intermedias*. Nordan, Montevideo; 153-178.

KOHANOFF, R. 1995: La catástrofe no es inevitable. Fundación por la Calidad y la Participación, Buenos Aires.

KOWARICK, L. 1985:A expansáo metropolitana e suas contradicóes em Sao Paulo. *Pensamiento Iberoamericano*, 7, enero-junio, Madrid; 33-47.

KOWARICK, L. 1986: Caminos de Encuentro, reflexiones sobre las luchas sociales en Sao Paulo. *Cuadernos Ciudad y Sociedad*, 10, feb. Quito.

KOWARICK, L. 1991: Ciudad y ciudadanía. *Nueva Sociedad*, 114; 84-93

LAPASSADE, G. 1986: *Grupos, organizaciones e instituciones; la transformación de la burocracia*, Gedisa, Buenos Aires.

LASCANO, C. 1988: Políticas urbanas y tomas de tierras. En: *Confrontación*, año II, núm.5, Buenos Aires; 58-61.

LAVELL THOMAS, A.; Vargas Cullel, J. & Valverde Rojas, J. 1987: Elementos teórico-metodológicos para el análisis de movimientos sociales regionales. En: *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica*, 37-38, set.-dic.; 23-30.

LOURAU, P. 1978: *Análisis institucional*. Amorrortu, Buenos Aires.

LIERNUR, P. 1991: Réquiem para la plaza y la fábrica. *Nueva Sociedad*, 104; 105-112.

LOMNITZ, L. 1975: *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI, México.

LYNCH, K. 1966: *La imagen de la ciudad*. Infinito, Buenos Aires.

MARTÍNEZ NOGUEIRA, R. 1987: Las organizaciones populares urbanas. Docs. de trabajo, GADIS, Buenos Aires.

ODETTO, A. 1994: «Migrantes rural-urbanos: heterogeneidad interna y construcción de identidades sociales en un barrio suburbano», Trabajo de tesis de licenciatura, dirigido por Edgardo Garbulsky, en la Universidad de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Escuela de Antropología.

OSZLAK, O. 1982: El derecho al espacio urbano, políticas de redistribución poblacional en un contexto autoritario (mimeo.).

OSZLAK, O. 1992: *Merecer la ciudad, los pobres y el derecho al espacio urbano*. Humanitas, Buenos Aires.

POGGIESE,H. 1986: *Asociaciones populares urbanas y participación*. FLACSO, Buenos Aires.

RAPOPORT, A. 1984: La cultura y el orden urbano. En: Agnew, J.; Mercer, J. & Sopher, D.: *The city in Cultural Context*. Allen, Boston; 50-75 (trad. J. Laucirica).

RESTREPO, L. 1987: El protagonismo político de los movimientos sociales. *Revista Foro*, 2, feb. Bogotá; 33-43.

RIVERO, A. 1994: «El barrio de autoconstrucción asistida: un problema arquitectónico y social», Tesis de doctorado, Universidad de Bonn, República Federal Alemana.

ROMERO, L.A. 1987: Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas: la cuestión de la identidad. *Desarrollo Económico*, 27, jul.-set., IDES.

ROMERO GORSKI, S. 1995: Una cartografía de la diferenciación cultural en la ciudad: el caso de la identidad «cerrense». En Gravano, A. (comp.): *Miradas urbanas - visiones barriales, diez estudios de antropología urbana sobre cuestiones barriales en regiones metropolitanas y ciudades intermedias*. Nordan, Montevideo; 89-122.

SARQUIS, J. 1996: Investigación proyectual sobre el espacio público en Lugano I y II, Capital Federal, Buenos Aires. En: Jornadas pre-*Anybody*, Poiesis, FADU, UBA.

SENGE, P. 1993: *La Quinta Disciplina.* Granica, Madrid.

SENGE, P. 1995: *La Quinta Disciplina en la práctica, estrategias y herramientas para construir la organización abierta al aprendizaje.* Barcelona, Madrid.

SIGAL, S. 1981: Marginalidad espacial: Estado y ciudadanía. En: *Revista Mexicana de Sociología*, 4, oct.-dic.; 1547-1569.

SILVA, A. 1992: *Imaginarios urbanos, Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina.* Tercer Mundo Editores, Bogotá.

SIRVENT, T. 1984: Estilos participativos: sueños o realidades? *Revista de Educación*, año III, 5, dic., 45-58.

TOPALOV, C. 1979: *La urbanización capitalista.* Edicol, México.

VIVIESCAS, F. 1986: La negación del espacio urbano colectivo o de control político de la ciudad latinoamericana. *Cuadernos Ciudad y Sociedad*, II época, 9, junio, Quito; 43-58.

WALTON, J. 1984: La economía internacional y la urbanización periférica. En: *Ciudades y sistemas urbanos*, CLACSO, 10, Buenos Aires; 9-26.

WOLF, M. 1988: *Sociologías de la vida cotidiana.* Cátedra, Madrid.